

HECHOS Y DICHS

DE LA

Reina Isabel la Católica

Número extraordinario de EL UNIVERSO para conmemorar el cuarto centenario de la muerte de dicha Reina.

26 de Noviembre de 1904.

2.^ª EDICIÓN

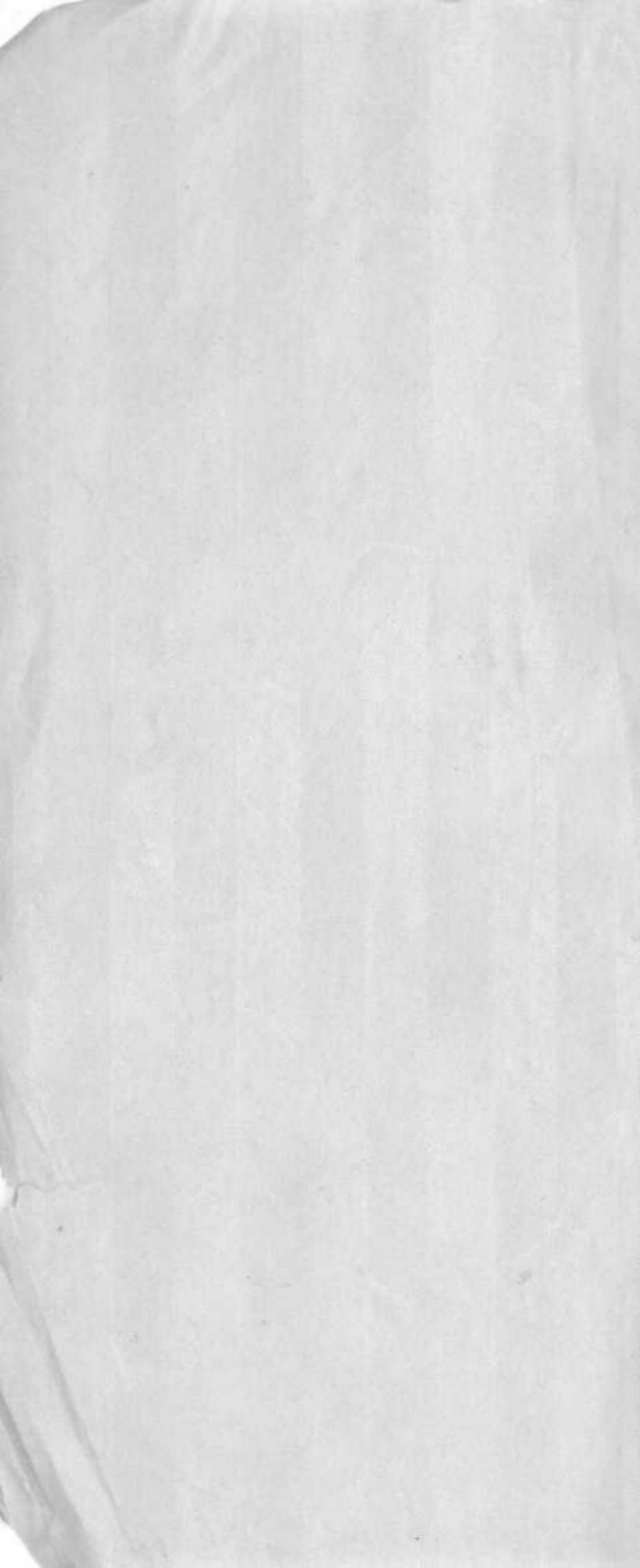
MADRID

M. ROMERO, IMPRESOR.—LUCENTAD, 31.

TÉLEFONO 570

1904

Josef Selk
1904



HECHOS Y DICHOS

306
70-491
Dg
COM

DE LA

Reina Isabel la Católica

Número extraordinario de **EL UNIVERSO** para conmemorar el cuarto centenario de la muerte de dicha **Reina**.

26 de Noviembre de 1904,

2.^a EDICIÓN

Josef-sep
Madrid
28/5/02
onkero

MADRID

M. ROMERO, IMPRESOR.--LIBERTAD, 31.

TELÉFONO 875

1904

+1249340
C.

HECHOS Y DICHO

Reina Isabel la Católica

Reina Isabel la Católica
Reina Isabel la Católica
Reina Isabel la Católica
Reina Isabel la Católica
Reina Isabel la Católica

2. EDICION

MADRID
V. Koenig, impresor - Llaneta, 31
1904

R. 155598

INDICE

TEXTO

	Págs.
Isabel I, por Zorrilla.	6
Muerte de Isabel la Católica, por D. Angel Salcedo.	6
La Reina Isabel y un alcaide sospechoso, por R.	21
Cómo era la Reina Católica, por A.	23
La Reina en el real de Baza (poesía), por E. Dfiez Cañedo.	25
Pensamientos, por F. Brieva y Salvatierra.	26
El acierto en la elección de personas.	27
A los Reyes Católicos, por Juan del Encina.	28
La Reina Católica y Carlos V.	29
La preocupación de la Reina, por Alfonso Pérez Nieva.	32
La Reina Católica y Santa Teresa de Jesús.	34
La aurora del Nuevo Mundo (poesía), por J. Devolx y García.	37
Un dicho de la Reina Católica.	39
La Reina Católica en su vida de familia.	40
Semblanza de la Reina Católica, por Hernando del Pulgar.	42
Pureza de intención de Isabel la Católica.	46
Un refrán desmentido, por C.	46
Miscelánea, por Equis.	47
La Reina Católica, por Campoamor.	54
Isabel la Católica (poesía), por el Rvdo. P. Francisco J. Campaña, Escolapio.	54
Funerales y entierro de la Reina doña Isabel.	56

GRABADOS

Retrato de Isabel la Católica, según Rincón.	5
Firma y rúbrica de Isabel la Católica.	5
Fernando el Católico.	7
Retrato de Isabel la Católica, según la «Iconografía» de Carderera.	9
Retrato de Isabel la Católica en su juventud.	11
Retrato de Isabel la Católica, composición de Pradilla.	13
Moneda de Isabel I y de Fernando V.	15
Pendones de Castilla y Aragón.	17
Corona de Isabel la Católica.	19
Miniatura de un devocionario de Isabel la Católica.	21
San Juan de los Reyes, de Toledo.	23
Retrato del Cardenal Jiménez de Cisneros, según el bajo relieve que se conserva en la Universidad de Madrid.	29

Los Reyes Católicos adorando á la Virgen y al Niño Jesús.	30 y 31
Alcázar de Segovia.	33
Retrato del Cardenal Mendoza.	35
Fray Hernando de Talavera, confesor de Isabel la Católica.	37
Plaza Mayor de Medina del Campo.	39
Castillo de la Mota en Medina del Campo.	43
Retrato de Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, según la «Iconografía» de Carderera.	45
Retrato de Boabdil, el Rey Chico de Granada.	47
Monumento de Isabel la Católica, en Madrid.	49
Sello rodado de los Reyes Católicos.	60

La Reina Isabel y un almirante desconocido, por E. G.	61
Órdenes de la Reina Católica, por A.	62
La Reina en el cast. de Baza (paseo), por E. G.	63
Idem.	64
Idem.	65
Idem.	66
Idem.	67
Idem.	68
Idem.	69
Idem.	70
Idem.	71
Idem.	72
Idem.	73
Idem.	74
Idem.	75
Idem.	76
Idem.	77
Idem.	78
Idem.	79
Idem.	80
Idem.	81
Idem.	82
Idem.	83
Idem.	84
Idem.	85
Idem.	86
Idem.	87
Idem.	88
Idem.	89
Idem.	90
Idem.	91
Idem.	92
Idem.	93
Idem.	94
Idem.	95
Idem.	96
Idem.	97
Idem.	98
Idem.	99
Idem.	100

ÍNDICE

Retrato de Isabel la Católica, según Hübner.	1
Idem.	2
Idem.	3
Idem.	4
Idem.	5
Idem.	6
Idem.	7
Idem.	8
Idem.	9
Idem.	10
Idem.	11
Idem.	12
Idem.	13
Idem.	14
Idem.	15
Idem.	16
Idem.	17
Idem.	18
Idem.	19
Idem.	20
Idem.	21
Idem.	22
Idem.	23
Idem.	24
Idem.	25
Idem.	26
Idem.	27
Idem.	28
Idem.	29
Idem.	30
Idem.	31
Idem.	32
Idem.	33
Idem.	34
Idem.	35
Idem.	36
Idem.	37
Idem.	38
Idem.	39
Idem.	40
Idem.	41
Idem.	42
Idem.	43
Idem.	44
Idem.	45
Idem.	46
Idem.	47
Idem.	48
Idem.	49
Idem.	50
Idem.	51
Idem.	52
Idem.	53
Idem.	54
Idem.	55
Idem.	56
Idem.	57
Idem.	58
Idem.	59
Idem.	60
Idem.	61
Idem.	62
Idem.	63
Idem.	64
Idem.	65
Idem.	66
Idem.	67
Idem.	68
Idem.	69
Idem.	70
Idem.	71
Idem.	72
Idem.	73
Idem.	74
Idem.	75
Idem.	76
Idem.	77
Idem.	78
Idem.	79
Idem.	80
Idem.	81
Idem.	82
Idem.	83
Idem.	84
Idem.	85
Idem.	86
Idem.	87
Idem.	88
Idem.	89
Idem.	90
Idem.	91
Idem.	92
Idem.	93
Idem.	94
Idem.	95
Idem.	96
Idem.	97
Idem.	98
Idem.	99
Idem.	100



ISABEL LA CATÓLICA
(Según Rincón.)

A large, stylized handwritten signature in black ink. The signature is highly decorative and cursive, starting with a large, looping initial 'I' and ending with a long, sweeping horizontal stroke. The name 'Isabel' is clearly legible in the middle of the signature.

FIRMA Y RÚBRICA DE ISABEL LA CATÓLICA

ISABEL I

*Isabel, en cuya alma generosa
Puso Dios cuanto bien lo humano encierra,
Pura, modesta, noble y piadosa,
Fué la Reina más grande de la tierra.
Dulce y tierna á la par que vigorosa,
Diligente en la paz, sabia en la guerra,
Dió al bueno premio, al infeliz consuelo,
Y de damas y reinas fué modelo.*

(ZORRILLA.—Granada, t. II, p. 45.)

Muerte de Isabel la Católica

26 de Noviembre de 1504.

«Murió la reina doña Isabel, de gloriosa memoria, en el mes de Noviembre, año de 1504, en Medina del Campo, de dolencia é muerte natural, que se creyó recrecerle de los enojos é cuchillos de dolor de las muertes del príncipe don Juan é de la reina de Portugal princesa de Castilla, sus hijos, que traspasaron su ánima é su corazón, y falleció desta presente vida en edad de cincuenta y seis años, habiendo reinado en Castilla ueintinueve años.»

Y no fueron los dolores que apunta Bernáldez los únicos que afligieron á doña Isabel en sus días postreros. La pérdida de su hija, la reina de Portugal, tuvo, como tristísimo apéndice, la de su nietecito el príncipe don Miguel, niño que parecía llamado á los más altos destinos, y que saltó de la cuna al sepulcro, llevándose de este mundo la ilusión de la Península Ibérica, constituida en un solo reino.

Pero hay desgracias superiores á la muerte. Doña Isabel, que había padecido la de ver á su madre privada de razón du-



RETRATO DE FERNANDO EL CATÓLICO

rante muchos años, halló con espanto reproducida tan horrible dolencia en su hija y heredera. Desde que doña Juana vino de Flandes con su esposo D. Felipe, á principios de 1502, no era posible hacerse ilusiones, y fuera efecto de la mala conducta del marido, hombre muy pagado de su figura, fútil y liviano, ó, como parece más probable, que las liviandades de D. Felipe hicieran el oficio de mecha incendiadora de los combustibles preparados en el ce-

rebros de doña Juana, el hecho es que la infeliz princesa empezó entonces á mostrar á sus atribulados padres y al más íntimo círculo de leales servidores de la casa real, el cuadro de inauditas extravagancias que, como en todos los enfermos de su clase, precedió en ella al de la locura manifiesta y declarada.

Dificilísimo es en los alienados del género que lo fué doña Juana marcar la línea divisoria entre la salud mental y la locura. Cervantes, ese gran alienista, no dice de D. Quijote que *perdió el juicio*, sino que *lo perdía*; esto es, que lo iba perdiendo poco á poco leyendo á Feliciano de Silva; de doña Juana, tipo de otra variedad de la misma desdicha, puede suponerse que la demencia brota con la razón, y que una y otra se van desarrollando á la vez. Al principio los síntomas aparecen como anomalías de carácter, lo que vulgarmente se llaman rarezas, y éstas se van multiplicando y extremando hasta la descomposición total.

A últimos de 1502 los reyes y los príncipes estaban en Madrid. El 19 de Diciembre partió para Flandes D. Felipe. El 15 de Enero de 1503 la corte, ó las dos cortes, puesto que doña Juana tenía la suya propia, y muy numerosa y brillante, trasladáronse á Alcalá de Henares, de donde salió el Rey Católico el día 24 hacia Cataluña; los franceses habían invadido el Rosellón é iba el rey á defenderlo. La reina y la princesa permanecieron en Alcalá hasta el 14 de Julio; y esta temporada, en la que, á 10 de Marzo, nació el infante D. Fernando, después emperador de Alemania, fué una de las más amargas, quizás la que más, sufrida por doña Isabel en este mundo.

La locura de doña Juana era todavía un secreto de Palacio, que se procuraba disimular con las pompas del aparato mayestático, y cuidando de tener á la princesa desviada del público por la distancia que consiente la etiqueta; es seguro que el cariño materno deslumbraba á la reina, sugiriéndole ilusiones y esperanzas acer-

ca del porvenir de su hija, y como la dolencia de ésta dejaba intervalos lúcidos, y su manía fundamental eran los celos, efectos del ardiente cariño profesado á su ma-



RETRATO DE ISABEL LA CATÓLICA
(Según la Iconografía de Carderera.)

rido y justificados desgraciadamente por la conducta de D. Felipe, y es condición del sér humano creer lo que agrada, no maravilla que doña Isabel, á pesar de su clarísimo juicio y entendimiento soberano, atribuyese los desvarios de la princesa á la crisis pasional que atravesaba, y se ilusionase reputando esta crisis pasajera. Pero, como es uso en tales situaciones,

doña Juana encargábase de desengañarla con extravagancias nuevas é inauditas, y cuando esto sucedía, que era muy frecuentemente, la gran reina sufría el golpe con tanto dolor que caía enferma.

En 20 de Junio escribieron al rey don Fernando una interesante carta los médicos de cámara, doctores Soto y Julián, que refleja exactamente la triste situación de las cosas en Alcalá. «Ayer lunes (decían al monarca) S. A. fué á ver á la señora princesa, y cuando S. A. volvió, vino tal que las personas que vieron á S. A. se espantaron de la gran mudanza en el color y figura que traía...» «Crea V. A. que es tan grande peligro para la reina, nuestra señora, tener la vida que tiene con la señora princesa, que cada día tememos estos accidentes, y plega Nuestro Señor lo haga mejor que lo tememos...» «la disposición de la señora princesa es tal, que no solamente á quien tanto va y tanto la quiere debe dar mucha pena, mas á cualquiera, aunque fuese extraño.» Describían luego los síntomas observados en doña Juana, «que muestran estar trastornada y que su enfermedad va muy adelante»; y concluían así: «esta carta humildemente á V. A. suplicamos la mande luego quemar.»

Poco después escribía el secretario Conchillos á Pérez de Almazán: «la reina, nuestra señora, queda buena, aunque muy atribulada y cansada desta señora princesa; Dios se lo perdone.»

El 14 de Julio salieron las dos cortes de Alcalá, el 16 estaban en Madrid, y á 30 de Agosto hacía tiempo que doña Isabel residía en Segovia. Es probable que la princesa, con su casa, estuviese ya en Medina del Campo; es muy significativo que no se alojara en Palacio, ni en otro edificio de la villa, sino en el Castillo de la Mota, que, aunque tenía dentro habitaciones decoradas convenientemente para hospedar á reyes y grandes señores, no solía recibir á personas reales; hay que creer, pues, que el deseo de apartar á doña Juana de las miradas del vulgo, entonces tan numeroso en Medina, fuera la causa de ser

elegido aquel alojamiento, y los sucesos justificaron esta previsión de la madre y de la reina.

Partió ésta de Segovia para emprender



RETRATO DE ISABEL LA CATÓLICA EN SU JUVENTUD

el viaje á Medina, último que hizo en esta vida, el 26 de Noviembre; pernoctó en Garcillán, el 27 estuvo en San Juste, y el 28 entró en el Emporio de Castilla, lugar de su predilección, que, según se dice, quiso elevar á capital de toda España, en

el que residió muchas veces y largo tiempo, y de donde ahora no había de salir sino su espíritu hacia las moradas eternas, y su cadáver para Granada.

Se alojó, como de costumbre, en aquel Palacio real que había en la plaza Mayor—«casa amplia y labrada con magnificencia y riqueza», según León de Romistal, que la visitó á mediados del siglo XV,—teatro de algunos de los crímenes de Pedro el Cruel, en que Juan II recibió al bastardo del rey de Sicilia y mandó prender al adelantado Pero Manrique, encerrándolo en una torre que se alzaba junto al edificio donde se alojaba D. Alvaro de Luna; las sombras de todos los Trastamaras vagaban por este Palacio, henchido de recuerdos trágicos y cortesanos de sus turbulentos reinados; allí dormía Juan II cuando le sorprendieron los rebeldes, acaudillados por el rey de Navarra, y allí residió Enrique IV, indiferente á las merecidas é ignominiosas desdichas de su innoble vida. Tan tristes sombras se habían disipado ante los esplendores de la gloria de los Reyes Católicos, los cuales en aquel mismo Palacio, envilecido por sus antecesores, tomaron uno de sus más grandes y salvadores acuerdos: el de la conquista de Granada.

Pero ahora otra empresa de distinta índole, y harto dolorosa, tenía que acometer doña Isabel. Doña Juana, alojada y casi reclusa, aunque voluntaria, en la Mota, con la idea fija de irse á Flandes con su marido, y desesperada porque su madre, conociendo su estado, difería el momento de la partida, resolvió marchar, mandando aderezar el bagaje. La reina supo esta novedad en el momento de llegar á Medina, ó muy poco después, y envió á La Mota en seguida á D. Juan de Fonseca, obispo de Córdoba, con orden de disuadir de su intento á la princesa con buenas razones, y si éstas no valían, por la fuerza. Cuando llegó el obispo, ya doña Juana estaba fuera del castillo, en el recinto exterior ó gran patio que lo circundaba. D. Juan suplicó humildemente á la

desventurada princesa que no partiese sin licencia de su madre; pero, ¿quién es capaz de persuadir á quien está de cabeza como estaba doña Juana? No hizo del prelado caso alguno, y entonces don Juan



RETRATO DE ISABEL LA CATÓLICA
Composición de Pradilla.

mandó cerrar la puerta del recinto exterior, y puso en ella de guardia un alguacil llamado Vallejo; en aquel reinado un alguacil real valía por un Ejército, y no había dentro del reino magnate ni hombre que se atreviese á atropellarlo. El alguacil Vallejo bastó por consiguiente para contener á todo el cortejo de la princesa, si bien es de creer que los servidores de

la desventurada señora, sobre todo los españoles, estarían interiormente de parte de la reina, es decir, de la razón, en aquel trance.

Pero doña Juana, que, como es natural en su estado, no entendía de alguaciles, ni de obispos, ni de nada que no fuesen los impulsos de su insania, disparóse, y puso al prelado de Córdoba como no quieren dueñas. Lujuria é ira son las pasiones que más furiosamente gallean en los locos; de la primera preservó la Providencia á doña Juana, la que hasta en sus peores tiempos y caídas fué siempre castísima, y nunca olvidó el recato; pero la segunda se manifestó en ella con toda la fuerza de su demencia. Don Juan de Fonseca fué en esta ocasión víctima del terrible arretrato de *la Loca*. Tales cosas le dijo, que el obispo enojóse, y volviendo la espalda, salióse del patio, en dirección del Palacio real, á dar cuenta de lo sucedido á la reina.

Vió la princesa su pleito perdido, y mudando de actitud y de tono, cambio frecuentísimo en los alienados, mandó á su gentil-hombre Miguel de Ferrera que fuese á detener al obispo, y rogarle que volviese. Alcanzóle Ferrera camino de Palacio; pero D. Juan le contestó *que no eratiempo de volver, ni de sufrir semejantes cosas*.

¡Con qué amargura oiría doña Isabel el relato del obispo de Córdoba! Debió de sufrir un acceso como el de Julio, en Alcalá, y tuvo que meterse en cama. Iban y venían mensajeros del Palacio á la Mota, y las noticias que traían no podían ser más desagradables; la princesa decía que no volvía á su aposento, y parecía resuelta á permanecer indefinidamente en el recinto exterior de la Mota. Llegó la noche, y no cambiaba la situación. Hacía mucho frío, como de últimos de Noviembre, en la meseta de Castilla, y la infeliz doña Juana seguía desafiando la intemperie; lo único que, á fuerza de ruegos, pudieron conseguir sus servidores, es que se recogiese á una garita que había en el recinto exterior; allí le dispusieron la cama y pasó la noche.

Seguramente que la madre la pasó peor que la hija; no bien amaneció, ordenó que preparasen su litera, y saltando valerosamente del lecho, hizo que la subiesen á la Mota. La entrevista de madre é hija fué por demás interesante: un coloquio entre la Cordura y la Demencia, personificadas en dos mujeres augustas. Doña Juana no disimuló la ira; doña Isabel acudió á los ruegos y lágrimas. Por fin, consiguió que la princesa entrara en sus aposentos, pero con la promesa formal de que en cuanto viniese D. Fernando del Rosellón emprendería doña Juana su viaje á Flandes.

Que tan lamentables escenas, desgarr-



MONEDA DE ISABEL I Y DE FERNANDO V

doras para toda madre de corazón ternísimo como era doña Isabel, minaban más y más la salud de la reina, no es menester decirlo. Aquel sol de gloria se iba obscureciendo en un ocaso prematuro; aquel fuego purificador de España se iba rápidamente apagando.

El 20 de Diciembre entró D. Fernando en Medina, orlado con los frescos laureles de su victoria de Salsas; pero ni este triunfo, ni el más señalado del Garellano, cuyas nuevas llegaron á la corte á principios de 1504, podían desentenebrecer el espíritu de la reina, ni apartarlo del objeto constante de sus penas. Parece, sin embargo, que la enfermedad de doña Juana ofreció por entonces uno de sus aparentes intervalos de lucidez, que hicieron creer, ó en su curación, ó más bien en la posibilidad de ella, y determinaron á los Reyes.

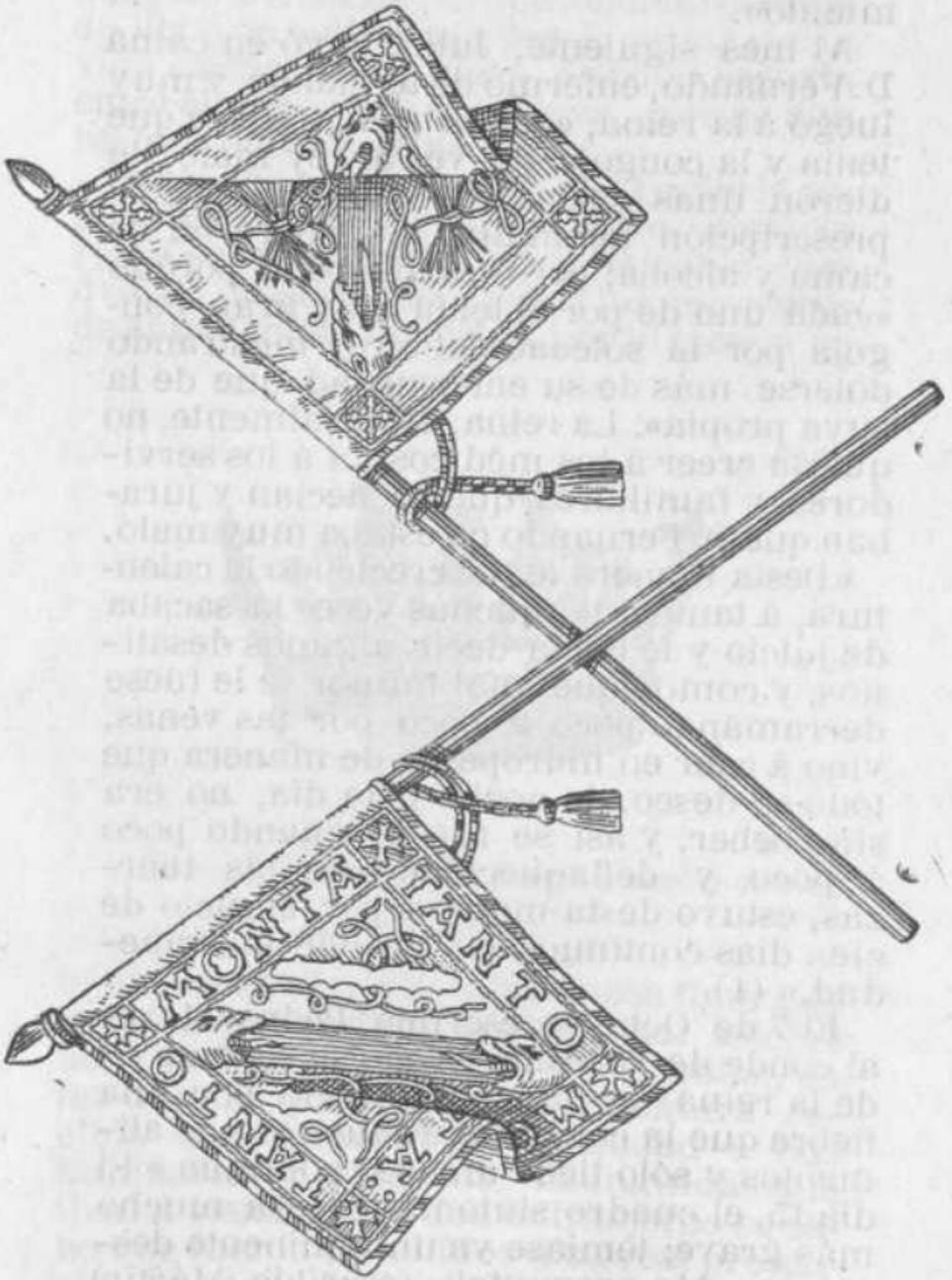
al sacrificio de permitirle partir para Flandes, animados, sin duda, con la esperanza de que la satisfacción de sus deseos sería parte muy eficaz á restablecer el perdido equilibrio de su mente. La princesa salió de Medina el 1 de Marzo.

La primavera de 1504 fué señalada por un terremoto que se dejó sentir en Andalucía, especialmente en Sevilla y Cádiz, causando enormes destrozos. «Se abrieron—dice Galíndez—las bóvedas de las iglesias y fortalezas, de los muros y torres, y cayeron mucha parte de ellos en tal manera, que los vivos en los tiempos presentes nunca tal vieron.» No es de maravillar que las gentes espantadas consideraran en estos imponentes fenómenos señales ciertas de la cólera del cielo y funestos presagios de mayor desdicha; profundo terror esparcióse por todo el reino, y avivado el fervor religioso, no se vaciaban los templos de fieles orantes, que de día y noche pedían al Señor apartase el azote de su pueblo. Conforme al uso de la época, organizábase procesiones de disciplinantes que recorrían las calles lanzando lastimeros gritos de penitencia y dejando en el suelo caudalosos regueros de sangre.

La universal tristeza se concentraba en las estancias del Palacio de Medina. Aquel gran balcón que caía á la plaza Mayor, y en el que doña Isabel había visto tantas veces los juegos de cañas, celebrados para festejar las glorias del reinado, cerrado ahora constantemente, ofrecía con su silencio y abandono testimonio elocuentísimo de la tristeza que había dentro del edificio. Pasaba la reina un día bueno y otro malo; pero la decadencia creciente de su salud era visible. Las Cortes hubieron de suplicarle que proveyese al Gobierno del reino para el caso de faltar, estando ausente doña Juana. Parece que poco después de recibir esta petición, mejoró algún tanto, pero para recaer luego con síntomas más alarmantes.

En Junio llegaron noticias de Flandes muy tristes. D. Felipe cortejaba á una

dama, «mujer—cuenta Estanques—noble é muy hermosa é muy querida dél»; súpolo doña Juana, y «se embraveció en tanta manera, que como una brava leona



PENDONES DE CASTILLA Y ARAGÓN

se fué donde estaba la amiga, y dicen haberla herido y maltratado y mandado cortar los cabellos á raíz del cuero». Incomodado D. Felipe, injurió á la princesa, «y aun dicen haber puesto las manos en ella».

«Muy gran congoja»—añade el cronis-

ta—que recibieron los reyes con estas nuevas, y que doña Isabel «se airó en gran manera contra el príncipe D. Felipe, pesándole de haber hecho el tal casamiento».

Al mes siguiente, Julio, cayó en cama D. Fernando, enfermo de tercianas, y muy luego á la reina, «con la gran tristeza que tenía y la congoja de ver al rey malo, le dieron unas calenturas continuas». Por prescripción facultativa los separaron de cama y alcoba; pero esto fué peor, porque «cada uno de por sí tenía muy gran congoja por la soledad del otro, mostrando dolerse más de su enfermedad que de la suya propia». La reina, especialmente, no quería creer á los médicos, ni á los servidores y familiares que le decían y juraban que D. Fernando no estaba muy malo.

«Desta manera le fué creciendo la calentura, á tanto que muchas veces la sacaba de juicio y le hacía decir algunos desatinos; y como aquel mal humor se le fuese derramando poco á poco por las venas, vino á caer en hidropesía, de manera que todo su deseo, de noche y de día, no era sino beber, y así se fué hinchando poco á poco y deflaqueciéndosele las fuerzas, estuvo desta manera por espacio de cien días continuos en grande enfermedad.» (1).

El 7 de Octubre escribía Pedro Mártir al conde de Tendilla: «Todo su sistema (el de la reina) se halla dominado por una fiebre que la consume; rehusa tomar alimentos y sólo tiene una sed continua.» El día 15, el cuadro sintomático era mucho más grave; temíase ya un inminente desenlace. «Me preguntais (escribía Mártir) por la salud de la reina; nos hallamos en Palacio todo el día aguardando con triste semblante la hora en que la religión y todas las virtudes dejarán la tierra con su espíritu; pidamos á Dios que nos permita seguirla adonde ha de ir muy pronto; excede en tanto grado á toda virtud huma-

(1) Estanques.

na, que difícilmente habrá nada entre los mortales que pueda comparársele; no cabe decir que muere, sino que pasa á más noble vida; debe excitarnos á envidia y no á tristeza; porque dejando el mundo lleno de su fama, váse á gozar de la vida eterna en el cielo. Escribo todavía entre el temor y la esperanza, porque aún respira nuestra reina.»

Tres días antes de escribir Angleria esta carta, ó sea el 12 de Octubre, dictó la reina su testamento. El admirable cuadro de Rosales tiene todos los caracteres de autenticidad histórica, por lo menos en



CORONA DE LA REINA ISABEL LA CATÓLICA

lo que se refiere á la majestuosa figura de la reina en el lecho, durante tan célebre acto: porque consta que doña Isabel, en las treguas que le daba la calentura, recibía con asombrosa serenidad á sus familiares y personas distinguidas que iban á visitarla: de dos extranjeros se sabe que fueron admitidos á su real presencia, en aquella triste temporada: uno, Próspero Colomna, el cual, según refiere Sandoval, «dijo al rey, besándole la mano, que venía á ver á una señora que desde el lecho dominaba al mundo»; el otro, el veneciano Vianelli, que regaló á la augusta enferma una cruz de oro con piedras preciosas, entre ellas un carbuncio de mucho valor. Por cierto que Prescott, interpretando mal á Gómez, cuenta á este

propósito una anécdota que no hace honor á Cisneros, y que es completamente falsa» (1).

La enfermedad, aunque con los vaivenes y alternativas que son usuales, caminaba derechamente á su fin. «Como en la Iglesia de Dios — cuenta Estanques — se hiciesen por su salud muchos sacrificios, oraciones y ayunos, conociendo la excellentísima reina que el tiempo que estaba por Dios determinado á su vida se acercaba, mandó que los eclesiásticos dejasen de rogar á Dios por su salud corporal y rogasen por la espiritual, y que le fuesen traídos los Santos Sacramentos, los cuales recibió con muy grande contrición y lágrimas, pidiendo á Dios humildemente perdón de sus culpas y pecados. Y fué tanta su honestidad y la observancia de su obediencia, que al tiempo que la Extremaunción le fué dada, no consintió que miembro suyo fuese de ninguno visto, sino sólo del sacerdote.»

El día 23 de Noviembre dictó su codicilo, tan famoso como su testamento, y tan digno de serlo; en la Biblioteca Nacional se conserva la firma que puso la reina en este documento; la letra irregular, apenas legible, revela cuán acabadas estaban ya sus fuerzas en aquel día, tan próximo al de su muerte.

Todo acabó para este mundo á veintiséis del mes de Noviembre, año del Señor de 1504, «entre las once é doce del día, más cerca de las doce horas; con la cual muerte todo el gozo que España tenía

(1) Cuenta Prescott que Cisneros reprendió á Vianelli por haber regalado á la reina la alhaja, diciéndole que debía haber traído dinero para la Iglesia; y lo que refiere Gómez es que Vianelli enseñó á Cisneros un diamante que nada tenía que ver con la cruz regalada á la reina, y se lo ofreció en venta. Cisneros le preguntó el precio, y habiéndole contestado Vianelli que 5.000 escudos de oro, dijo el arzobispo: «¡Oh, Vianelli, yo estimo más asistir á 5.000 pobres que poseer todos los diamantes de la India.»

pereció» (1). Y nunca estuvo más justificada esta pérdida del gozo en la nación. Porque celebramos hoy el cuarto centenario del suceso, y todavía no ha ocurrido en España otro capaz de compensar la tristeza de aquél.

ANGEL SALCEDO.



MINIATURA DE UN DEVOCIONARIO DE ISABEL LA CATOLICA.

La Reina Isabel y un alcaide sospechoso

Estaba la reina en Valladolid, cuando supo que Alonso de Oblanca, alcaide de las Torres de León, se había puesto en tratos con los parciales de la Beltraneja para entregarles la fortaleza, á cambio de dinero y mercedes.

(1) Así lo puntualiza *el Anónimo* continuador de Pulgar. Estanques dice que *cerca de media noche*; pero es indudable errata.

A la hora de recibir esta noticia, ya estaba su alteza cabalgando, con el cardenal Mendoza y algunos pocos servidores, camino de León. Gran sorpresa produjo en esta ciudad la inesperada llegada de la reina. Todo el pueblo se alborotó vitoreando á la queridísima doña Isabel, y al momento de llegar á su alojamiento improvisóse una de aquellas recepciones populares en que prelados, canónigos, nobles y plebeyos se disputaban el honor y el gusto de besar la mano á la reina, y de oír de sus labios algunas palabras cariñosas.

Pero el más sorprendido, naturalmente, fué Alonso de Oblanca. El traidor alcaide, haciendo de tripas corazón, y dispuesto, como todos los de su talla, á extremar las demostraciones de lealtad, fuese en seguida á saludar á su alteza.

En cuanto la reina le echó la vista encima, díjole en el tono más natural del mundo:

—«Alcaide, á mi servicio cumple que me entreguéis esta mi fortaleza que tenéis.»

¡Azorado el alcaide, pero disimulando su turbación, repuso:

—«Señora, ¿por qué vos place quitarme el cargo de la guarda destas torres, pues no he fecho cosa por que se me deba quitar?»

La reina le dijo entonces:

—«Alcaide, no digo que sois en cargo; pero á mi servicio cumple que luego me la entreguéis.»

Todavía replicó el alcaide:

—«Señora, pues que así vos place, dadme espacio para sacar mis bienes que en ella tengo.»

Doña Isabel, en el mismo tono tranquilo que había empleado en todo el diálogo, dijo:

—«A mí me place que saquéis todo lo vuestro; pero no cumple á mi servicio que os apartéis de aquí do yo estoy, fasta tanto que yo sea apoderada de mi fortaleza.»

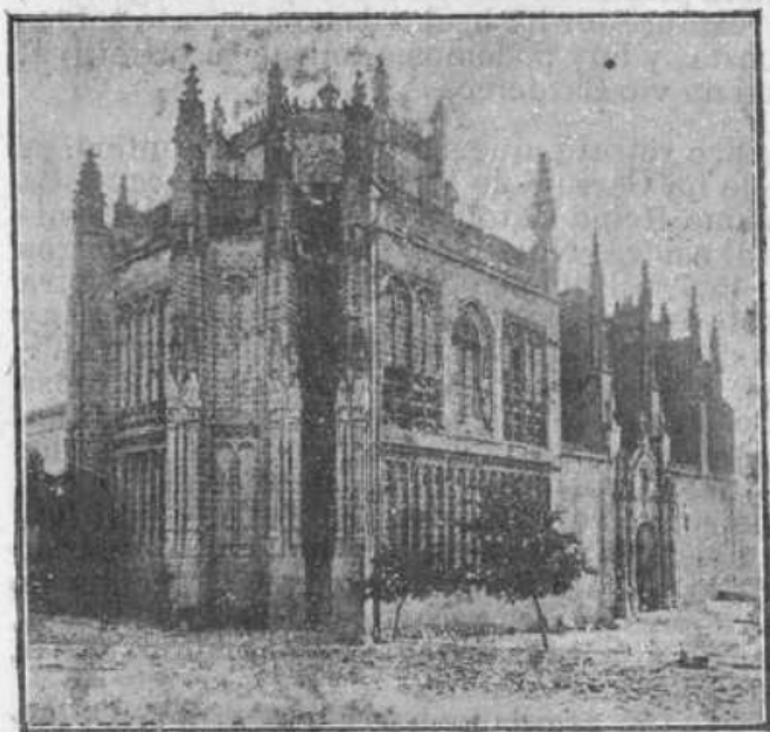
El alcaide comprendió que aquel era pleito perdido, y que no era él quien volvía más á las Torres de León. Y allí mismo entregó las Torres.

R.

Cómo era la Reina Católica

Sus retratos: el del Museo de Pintura; el de La Cartuja de Miraflores.—Cómo la describen sus contemporáneos.

El retrato de la Reina Católica que se reputa más auténtico es el que está en la tabla del Museo del Prado, número 2.184 del Catálogo. Tiene 1,23 de alto por 1,12 de anchura, y representa lo siguiente: El Niño Jesús en brazos de su Santísima Madre, sentada en un



SAN JUAN DE LOS REYES DE TOLEDO

trono de alabastro, recibe la adoración de los Reyes Católicos, que aparecen arrodillados en sendos reclinatorios; del príncipe D. Juan, niño de trece años, de rodillas á la derecha de su padre; de una princesa que se tuvo siempre por la infanta doña Isabel, pero que examen más detenido hace creer que es doña Juana, de unos doce años de edad, y en actitud de arrodillarse junto á su madre; del inquisidor Torquemada, hincado detrás del rey; de San Pedro de Verona detrás de la reina, y, finalmente, Santo Tomás de Aquino y Santo Domingo de Guzmán, que están de pie.

Parece que esta tabla fué mandada pintar por Torquemada hacia el año de 1491, como una

de tantas obras de ampliación y embellecimiento del convento de Santo Tomás de Avila, emprendidas por el inquisidor en 1482, y á las que fueron aplicados bienes confiscados á los judíos. Lo cierto es que decoró la capilla del cuartó real en el citado convento, de donde vino al Museo Nacional. D. Valentín Carderera sacó de este cuadro los retratos para su *Iconografía española*, y por cierto que el del príncipe D. Juan no está en la *Iconografía* como en la tabla; porque en estos últimos años, habiéndose restaurado la obra del siglo XV, se ha descubierto que la cabeza del príncipe estaba sobrepintada; es decir, que sobre la primitiva del cuadro se pintó luego otra; el restaurador ha hecho desaparecer la sobrepuesta, y hoy podemos admirar la primitiva, que no vió Carderera.

Otro retrato, que se tiene por auténtico, es el de La Cartuja de Miraflores, en Burgos. La misma Reina Católica lo regaló á la Comunidad. Andrés Navajero, que pasó por Burgos en 1527, esbribió en su *Relación*: «A la otra parte de la ciudad, y como á una legua, hay un convento de Cartujos llamado de Miraflores, muy bello y bien labrado, con hermosa iglesia, donde está sepultado el rey D. Juan, padre de la Reina Católica, que fué fundador de este Monasterio. El sepulcro de dicho rey, que está en el coro, es harto bello, y allí hay también un retrato de la reina Isabel cuando era ya vieja.» Según Carderera, muchas de las copias que se sacaron del de La Cartuja, hacían á la reina todavía más anciana que la representa el original.

Este fué regalado por los Cartujos á Felipe V, quien en cambio dejó en Miraflores el suyo y el de la reina María Luisa de Saboya. Pero, ó en época posterior volvió el retrato á La Cartuja, ó lo que existía allí durante la regencia de la primera María Cristina era una copia; porque parece que el alcalde de Burgos regaló el retrato de Miraflores, por cierto atribuído á Rincón, á la citada reina gobernadora. Quizás hoy no se sepa bien cuál es el original y cuáles las copias.

Es retrato de busto, hasta poco más abajo del pecho; tiene la señora una cofia de poca gracia; del extremo del velo pende una cruz con rubíes y una concha de oro; ostenta la venera de Santiago contorneada de perlas, y dos diamantes y una esmeralda en el centro. El vestido es de color pardo (¿será hábito franciscano?) y una pañoleta en el escote, orlada

de leones bordados y cifras cruzadas; tal vez I y F.

Dice Prescott, que los retratos de la reina Isabel muestran una regularidad exacta en las facciones, unida con una singular dulzura y viva é inteligente expresión. Nosotros creemos, sin embargo, que, ya por inhabilidad de los pintores, ya por haber retratado á la reina en épocas ó momentos desfavorables para su fisonomía, es el hecho que los retratos no dan idea de aquella encantadora hermosura que, como á porfía, elogian todos los contemporáneos de la gran reina.

«Fué—dice el cura de los Palacios—mujer muy hermosa, de muy gentil cuerpo é gesto é composición.»

Pulgar: «Esta Reina era de mediana estatura, bien compuesta en su persona y en la proporción de sus miembros, muy blanca é rubia; los ojos entre verdes é azules, el mirar gracioso é honesto, las facciones del rostro bien puestas, la cara muy hermosa é alegre.»

Máximo Sículo: «Cuanto había en el Rey de dignidad, se hallaba en la Reina de graciosa hermosura, y en ambos resplandecía una venerable majestad, aunque, á juicio de muchos, la Reina era de mayor hermosura.»

Fernández de Oviedo: «... en hermosura, puestas delante de Su Alteza todas las mujeres que yo he visto, ninguna ví tan graciosa, ni tanto de ver como su persona.»

A.

La reina en el real de Baza

(1489)

CRÓNICA, parte III, cap. CXXI.

Contrarias intenciones, combates truculentos
y ardides enemigos parece que se amansan.
Las espingardas huelgan, las ballestas descansan,
los clamores de guerra no desgarran los vientos.

Tregua dan á sus odios agareno y cristiano,
y el árabe caudillo se allana y parlamenta.
¿Quién la inconstante raja del vil rencor aventa
y hace que limpio quede de la concordia el grano?

La reina fué. ¡Milagro de su presencia sola!
Por el real difunde la luz de su aureola
de donde irradian vivas la paz, la fe de Cristo.

(Lo refiere un cronista severo y minucioso
que la verdad declara del hecho prodigioso
ante Dios, que lo sabe, y el hombre, que lo ha visto.)

ENRIQUE DÍEZ-CAÑEDO.

Pensamientos

Para empresa como la que se acometió, doña Isabel necesitó de un compañero como D. Fernando, y D. Fernando de una compañera como doña Isabel.

Necesitaba la reina de quién la afirmase en lo real; necesitaba el rey de quién lo alentase á lo ideal. De aquella admirable ponderación de fuerzas, regalo espléndido de la divina Providencia, salió lo que necesitaba España para acometer la obra providencial á que era llamada en el siglo XVI. En resolución, que *tanto monta*. El mote era de una profundísima verdad.

De los sucesos que en la Historia son para maravillar es de los primeros aquel levantarse de España, en unidad valiente, después del caimiento y desmenuzamiento pasado, en un correr de años de poco más de doce, de manera que quien la hubiera visto en las postrimerias de Enrique IV y la viera ahora, pareceriale más fiesta de tramoya que realidad viva y verdadera.

No hay obra grande que no se deba á la voluntad. La cuestión de todos los tiempos en las crisis graves y tremendas: el hombre que se necesita. Logrado había Castilla ese hombre que la metiera en la piscina de su curación, y lo logró en una mujer.

Después de la obra divina de nuestra Redención y de la divina propagación de la Santa Fe, todas las naciones del mundo que juntasen sus empresas y hazañas y cuanto en pro de hombres hicieran, todos ellos juntos no pudieran igualar á lo que Colón hizo con el ayuda de España por la civilización universal; conque la gloria de España, sin la cual nada fuera Colón, excede á toda gloria que pueblo ninguno puede alcanzar. Y así, á los extraños y enemigos, y humillados de ayer, que pregunten qué lugar tiene la gente española en la Historia, se les puede contestar: el descubrimiento de América.

Van las aguas buscando su nivel, y así acontece de ordinario con los pueblos: cuando suben, suben por igual, y así también cuando

abajan y caen. Esta ley se cumplió en nuestra gente en el acabal del siglo XV... Que todo en España se levantó por igual y se puso por encima de los otros pueblos de Europa, cuando los insignes príncipes emprendieron la obra de la restauración.

FERNANDO BRIEVA Y SALVATIERRA.

El acierto en la elección de personas

Admira el gran número de personas notables que hubo en el reinado de los Reyes Católicos, y que brillaron en todos los órdenes de la vida social: en la Iglesia como en las armas, en la Magistratura como en los oficios de administración.

Pero esta concurrencia de talentos y aptitudes, ¿fué casual ó milagro de la Providencia en beneficio de la España de fines del siglo xv?

¡Ah, no!... Fué un efecto natural, muy natural y lógico, de la política de aquellos reyes, y muy especialmente de la reina Isabel.

Oigase lo que decían á Carlos V los procuradores de las Cortes de Valladolid, en 1537: «Los Reyes Católicos, de gloriosa memoria, nuestros abuelos, para informarse de las personas de quien podrían servirse, conforme á sus habilidades, para todos los cargos que tenían que proveer en estos reinos, mandaban hacer información secreta de todas las calidades y habilidades de las personas de sus reinos, é tenían libro de esto dentro de su Cámara Real, é porque esto conviene é es más necesario á V. M..., etc.»

Galindez de Carvajal, que tanto trabajó con aquellos reyes, refiere así este punto: «En su hacienda pusieron gran cuidado, como en la elección de personas para cargos principales de Gobierno, Justicia, Guerra y Hacienda; y si alguna elección se erraba (que sucedía pocas veces), al punto lo enmendaban, no dejando crecer el daño, sino remediándolo con presteza; y para estar más prevenidos en las elecciones tenían un libro, y en él memoria de los hombres de más habilidad y mérito para los cargos que vacasen, y lo mismo para la provisión de obispados y dignidades eclesiásticas.»

Y el Franciscano fray Juan de Santa María, en su *República y policía cristiana*, dice:

«De la reina católica doña Isabel se dice que cuando gobernaba con el rey D. Fernando, su

marido, se le cayó acaso un papel de la manga, en que tenía escrito de su propia mano: «La pregonería de la ciudad se ha de dar á Fulano, porque tiene mayor voz;» y si en oficio tan vil tenían aquellos tan católicos y prudentes reyes tanto cuidado, ¿qué se debe hacer en los de Justicia y Gobierno?

Después de saber estas cosas, ¿puede maravillarse que, reinando los Reyes Católicos, hubiese hombres adecuados para toda suerte de empresas?

Cuando se da el oficio de pregonero al que *tiene mayor voz*, y no al lacayo del favorito ó al ayuda de cámara del pariente, aunque esté afónico, se pone á Cisneros de primado de las Españas, y á Gonzalo de Córdoba de general del Ejército, y cada cosa se coloca en su lugar adecuado, y así resulta cómodo, grande y hermoso el edificio social, para el cual servimos todos; pero todos estorbamos cuando se nos quiere asentar allí donde no quiso Dios que estuviéramos. El oficio del supremo gobernante tiene su raíz en esto: en procurar conocer la divina voluntad respecto de las personas, y una vez conocida, humildemente recabarla, dando á cada una, pospuesta toda personal afición, el empleo que de derecho divino le corresponde.

Y esta política, que es la única justa, es también la única que engrandece á las naciones.

A los Reyes Católicos

¡Oh rey don Fernando é doña Isabel!
 En vos comenzaron los siglos dorados;
 Serán todo tiempo los tiempos nombrados
 Que fueron regidos por nuestro nivel;
 Tenéis él é vos é así vos como él
 Con Dios tanta fé, que sus deservicios
 Habéis destruído, é todos los vicios
 E alguno si queda, daréis cabo dél.

Vivais muchos años acá en este suelo
 Reinando é saliendo con cuanto quisierdes,
 Mas ya Dios queriendo después que partierdes
 Coronas de reyes haureis en el cielo;
 Haureis con los santos su mismo consuelo
 Gozando en presencia la vista de Dios,
 Y el príncipe acá después ya de vos
 Los reinos seguros terná sin recelo.

JUAN DEL ENCINA.

La Reina Católica y Carlos V

La reina, al tener noticia de haber nacido en 24 de Febrero en Gante su nieto, que más tarde había de ser Carlos V, á pesar de tantas veces como había visto frustrados por la muerte sus deseos de asegurar



RETRATO DEL CARDENAL JIMÉNEZ DE CISNEROS

Según el bajorrelieve que se conserva en la Universidad de Madrid.

la sucesión masculina de sus reinos, y de vivir aún por aquel entonces el príncipe D. Miguel, heredero presunto de las Coronas de Castilla, Aragón y Portugal, dijo á su esposo:

«Tened por cierto, señor, que éste ha de ser nuestro heredero y que la suerte ha caído en el reino como en San Matías para el apostolado.»



LOS REYES CATÓLICOS ADORANDO AL NIÑO JESÚS
(Escuela de Castilla del siglo XV)

La preocupación de la reina

I

Todos los cortesanos advirtieron en la audiencia de aquella mañana el contento que rebosaba en el rostro de doña Isabel, contento mesurado y contenido, como cuadraba á su natural circunspecto y á su condición de reina, pero no por eso menos visible á los ojos de los magnates, sutiles siempre y, á mayor abundamiento, habituados á contemplar á diario el semblante de la soberana. Estaba satisfecha y su satisfacción se traducía en suave sonrisa; pero notaron también los próceres que ésta parecía responder á un pensamiento que volara lejos de la estancia, acariciar un recuerdo querido. Escuchó y escuchó atenta por la costumbre del solio, mas alguna vez dejó de oír y hasta hubo de refrenar cierto movimiento de impaciencia, cuando las palabras de sus súbditos se olvidaban de la castellana concisión para engolfarse en las anfibologías del discurso.

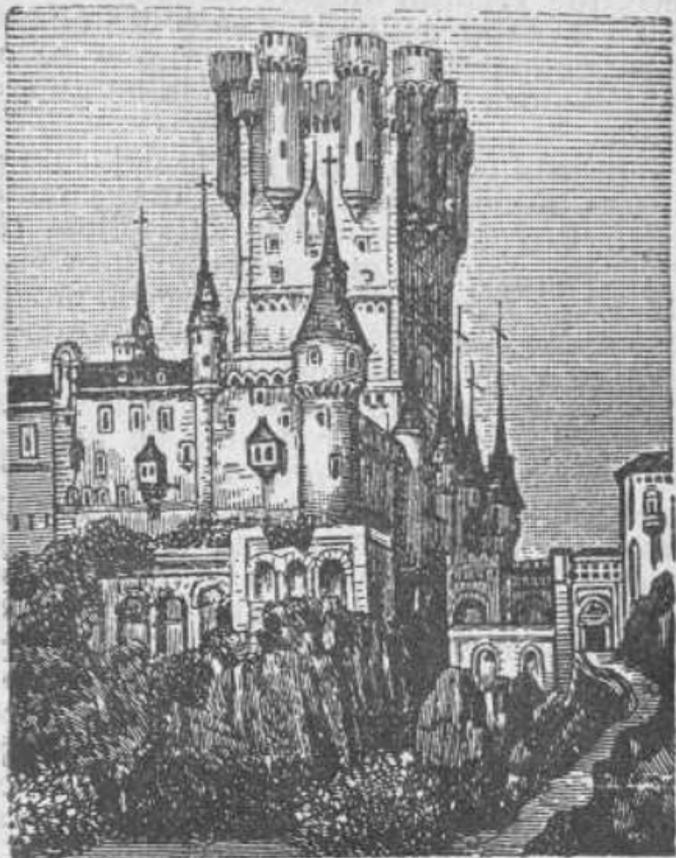
Los cortesanos todos adivinaban una preocupación en la egregia dama, y una preocupación agradable, puesto que nada sombrío obscurecía su rostro radiante, y mientras exponían sus cuitas ó formulaban sus pretensiones, preocupados á su vez por la incógnita, repasaban en su mente los acontecimientos del reino que á la sazón pudieran interesar á la soberana hasta ese punto. ¡Quién sabe! Quizás alguna buena nueva de Colón, navegando por las Antillas entonces; acaso la noticia, todavía no conocida, de alguna victoria sobre Carlos VIII en Italia. Los nobles cuchicheaban preguntándose al salir de la cámara. La ignorancia era general, y en tanto la reina seguía recibiendo, bajo su dosel, con su sonrisa de distraída.

II

Aposentada en un rico sitial de tallado roble, rematado en la cúspide del alto respaldo por heráldico escudo, de codos sobre la amplia mesa que viste hasta el suelo espesa falda de terciopelo, y la frente apoyada en las manos, la reina católica está absorta en la lectura de un libro, tan ensimismada, que no advierte que el tapiz que cubre la puerta se abre despaciosamente, y que bajo su dintel aparece una dama joven, de continente grave y rostro

reflexivo, que se detiene suspensa, como dudando de seguir, temerosa de interrumpir aquel éxtasis regio. Decídese por retirarse, va á retroceder, pero quizá la influencia de su mirada, clavada en la soberana, acaso cualquier ruido al volver sobre sus pasos, hacen levantar de pronto la cabeza á doña Isabel, que adivinando el propósito de su camarista, se apresura á exclamar:

—Entra, entra, mi buena Beatriz; Dios te



ALCÁZAR DE SEGOVIA

trae aquí para hacerte partícipe de mi regocijo. No sé cómo he podido dominarme en la audiencia. Y por lo mismo hoy han sido todos los mis súbditos de plomo. Sabrás que el maestro Nebrija hame ya declarado doctora en lenguas sabias, y pruébalo así el que anoche me trajera este libro que ansiaba leer.

—Y si no es osadía preguntar...

La reina no la deja concluir; la invita á acercarse á la mesa, y apartando la cubierta de pergamino del libro y mostrándola la portada, la dice satisfecha por la revelación:

—¿Que cuál es? Míralo por tus propios ojos.

¡Un Tácito!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

La Reina Católica

Y SANTA TERESA DE JESÚS

El venerable Palafox, en sus Comentarios y Notas á las Cartas de Santa Teresa de Jesús, escribió:

«Puedese advertir en esta carta (la 10) el estilo lacónico y breve con que en ella escribe, que admira, pues cada tres palabras parece que forman un período entero. Y es, que debía de estar ocupada y se ceñía al escribir, para ocuparse en obrar; en que se conoce cuán señora era la Santa de la lengua castellana.

Con esta ocasión, no puedo dejar de advertir que habiendo leído yo algunas cartas de la Santa Reyna doña Isabel la Católica, gloriosa Princesa y de las mayores que han visto los siglos, he reparado que se parecen muchísimo los estilos de esta gran Reyna y de la Santa, no sólo en la elocuencia y viveza en el decir, sino en el modo de concebir los discursos, en explicarlos, y en las reflexas, en los reparos, en dejar una cosa, tomar otra, y volver á la primera sin desaliño, sino con grandísima gracia. Y porque puede ser que me haya engañado en esto, lea quien quisiere y examine este reparo en las dos cartas que se hallan de esta esclarecida Reyna en la Cronica elegante de la Orden de San Geronimo, escrita por el Reverendo y elocuente Padre Fray Josef de Sigüenza, y las escribió á aquel grande y espiritual Prelado, Arzobispo de Granada, el Ilustrísimo doctor Fr. Hernando de Talavera, de la misma Orden, su confesor, y podrá ser que aprueben mi dictamen; y son dignas de leerse y venerarse por muchas razones, y desearía que se imprimiesen al fin de estas cartas.

Yo confieso que cuando las leí, hará como seis años, hice concepto «de que eran tan parecidos estos dos naturales entendimientos y espíritus de la señora Reyna Católica y de Santa Teresa, que me pareció que si la Santa hubiera sido Reyna, fuera otra Católica doña Isabel, y si esta esclarecida Princesa fuera Religiosa (que bien lo fué en las virtudes) fuera otra Santa Teresa», y habiendo vuelto ahora á leerlas, por si me he engañado, «me he confirmado en el mismo dictamen».

Para que nuestros lectores puedan formarse idea de la exactitud de la semejanza notada por el venerable comentarista de Santa

Teresa, he aquí la segunda de las cartas de la reina Isabel á que se refiere:

«Muy reverendo y devoto padre. Pues que los reyes pueden morir de cualquier desastre como los otros, razón es de aparejar á bien morir; y dígolo así, porque aunque yo de esto nunca dudé, antes como cosa muy sin duda la pensaba muchas veces, y la grande-



RETRATO DEL CARDENAL MENDOZA

za y prosperidad me la hacía más pensar y temer, hay muy gran diferencia de creerlo y pensarlo á gustarlo.»

«Por esto os ruego, y encargo mucho, por Nuestro Señor, si cosa habéis de hacer por mí á vueltas de quantas y quan graves las habeis hecho, que querais ocuparos en sacar todas mis deudas, así de empréstados, como de servicios, y daños de las guerras pasadas, y de Juros viejos que se tomaron, quando Princesa, y de la Casa de Moneda de Avila, y de

todas las cosas que á vos pareciere que hay que restituir, y satisfacer en cualquier manera que sea en cargo, y me lo enviéis en un memorial, porque me será el mayor descanso del mundo tenerlo, y viendolo y sabiendolo, mas trabajaré por pagarlo; y esto os ruego que hagais por mi y muy presto.»

P. D. «Después de esto me dijo Fernando Alvarez, que tenía el memorial de las deudas, y me lo amostró. Si mas queda de lo que yo aquí demando, de otra cualquier cosa que á vos parezca, ruégoos que me lo enviéis, como lo pido, enviandolo á mi: y muero por responder á vuestra carta, según ella es, que aunque otra cosa no os debiese, esta y las otras bastaban para deberos mas que á nayde.»

Clemencín, en su *Elogio de la Reina Católica*, cita las palabras del venerable Palafox, y el pensamiento de este prelado ha sido últimamente desarrollado por el elocuentísimo orador D. Alejandro Pidal y Mon, en la conferencia dada en el Círculo de San Luis, de esta corte, el 18 de Abril del corriente año.

«Saludémoslas con amor (á Santa Teresa é Isabel la Católica), seguros de que saludamos en ellas—decía el Sr. Pidal terminando su inspirada conferencia—los Dos Angeles tutelares de nuestra patria española... Saludémoslas con efusión, convencidos de que al saludar á Isabel la Católica saludamos á España hecha reina, y saludando á Santa Teresa saludamos á España hecha santa, es decir, saludamos á Dios, fijando los dos hermosos ideales de las mujeres españolas.

Porque no lo podéis dudar: Isabel la Católica, llevando su modesto hogar y su honesta y austera corte en forma de campamento militar por todo el ámbito de sus reinos, y Santa Teresa de Jesús paseando la celda, el claustro y el coro de su convento en el carro de sus fundaciones por todo el ámbito de los suyos, surcaron con el arado de su labor el árido suelo de la patria, depositaron en los surcos, abiertos por el hierro de sus trabajos en él, las semillas de su grandeza y lo trocaron, de un erial, en el paraíso glorioso que encerró entre sus horizontes al sol para que iluminase perpetuo la más generosa nación que ha saludado la Historia en el teatro del Mundo.

No olvidéis, por tanto, las que me ois, lo que pudo hacer la Mujer sin salir, ni por un momento siquiera, de las exigencias de su sexo, «sin abandonar el dedal», cuando, puesta la

mente en Dios, labraron propiamente la patria como lo supieron hacer la reina doña Isabel la Católica y Santa Teresa de Jesús, cuando todo estaba humanamente perdido.»



RETRATO DE FRAY HERNANDO DE TALAVERA
Confesor de Isabel la Católica.

LA AURORA DEL NUEVO MUNDO

La Virgen Madre, la gentil Señora
que, aun no llegada de Jesús la hora,
viendo en las bodas de Caná las ánforas
agotadas, decía á su divino

Hijo, con su mirada engendradora
de infinita piedad: «No tienen vino»,
miró al Eterno, y dijo:

«De Granada

ya Colón para siempre se retira
á seguir por Europa su camino
con hijos, y sin pan, y sin posada,
cual loco entre los hombres, él, que mira
un mundo donde ellos no ven nada.
Pocas almas le entienden: de ellas una
tiene la ingencia de él; es maravilla
de fe y virtud el corazón cristiano
de Isabel de Castilla,
y grande al par del hemisferio arcano
perdido en mares de ignorada orilla.
Así, viendo Isabel que de la estancia
regia Colón se ausenta decidido
á demandar su auxilio al rey de Francia,
duda y vacila. En este mismo instante
Luis de Santangel dice conmovido
á la reina que cómo no ha querido
añadir á sus reinos el de Atlante,
y una comarca al de Jesús entera,
y mucho más cuando Colón no pide
sino de aquello que ganar espera.
¿Oís, Eterno Padre? Coincide
con Santangel el noble Quintanilla,
y al mismo tiempo fray Juan Pérez ora
de la reina Isabel en la capilla
y me pide que sea mediadora
cerca de Vos, y vuestra sierva implora.»
—«Pues tú lo pides, sea»—

dijo la voz del Increado.—«¡Ahora!»
Se estremeció de júbilo el empíreo,
y ¡hosana! ¡hosana! el cielo clamoorea.
Más bien que con la voz, con su mirada
dicta Isabel mandato placentero,
y cual flecha que lanza el saetero
por la puerta de Elvira de Granada,
va por Colón á escape un mensajero,
que antes que al puente llegue de los Pinos,
al perseguido alcanza.

Vuelve Colón, penetra en el palacio
y ve á Isabel; como á éxtasis divinos
el pensamiento de los dos se lanza;
por los ojos saliéronse al espacio
sus almas, y enlazaron sus destinos,
por él la Fe, gloriosa en sus caminos;
por ella, mujer fuerte, la Esperanza.

J. DEVOLX Y GARCÍA.

Un dicho de la Reina Católica

Lo refiere López Ossorio en su *Historia de Medina del Campo*, recientemente publicada por el eruditísimo medinense y entusiasta de las glorias españolas D. Ildefonso Rodríguez y Fernández.

Dice así:

«Acabadas las guerras de Granada, y teniendo los Católicos Reyes por suyas las insignes ciudades de Granada, Málaga y Vélez Málaga y todo aquel reino; queriendo ya



PLAZA MAYOR DE MEDINA DEL CAMPO

descansar de los grandes é increíbles trabajos que en ella habían tenido, se vinieron á esta villa (Medina del Campo), porque ella era el centro donde se solazaban, y estando en ella con toda su corte, ordenaron hacer procesiones y grandes fiestas en hacimiento de gracias por las misericordias que el Señor les había hecho... Para esto mandaron hacer suntuosas procesiones, que la una fué desde la Iglesia Mayor hasta Nuestra Señora de la Antigua, y la otra desde dicha iglesia hasta el convento de Santa María la Real... Y luego se ordenaron regocijos de toros y juegos de cañas, los cuales siempre los jugaron los caballeros de los linajes, y en ninguna manera consentían entrasen en estos regocijos otro ningún caballero si no fuese titulado. Fueron tan solemnes y gustosas las fiestas, que al tiempo que se iban acabando, estando la Reina en su balcón de su Palacio, mandó llamar á uno de los escribanos que anda-

»ban en el regocijo, que se llamaba Juan Ruiz del Corral, y le dijo:

«Habéislo hecho como muy nobles caballeros», y por modo de entretenimiento, para »significar el grande gozo que con las fiestas »había recibido, añadió: «Quiero que me déis »por testimonio las suntuosas fiestas que se »han hecho.» Respondió el escribano: «Harelo como V. A. me lo manda, que tanto me »precio de ser escribano como caballero»; diciendo esto, levantó la marlota en ademán »de querer sacar las escribanías, y esto dió »tanto gusto á la reina, que le dió pie para »responderle: «Yo os tengo por tan buen caballero como escribano, y holgárame mucho que Dios me diera de mi Fernando »tres hijos: que el uno fuera heredero de mis »Reinos, y otro arzobispo de Toledo, y el otro »escribano de Medina del Campo.» Esto fué »muy celebrado en aquel tiempo, y hoy día lo »es en esta villa que los viejos y los niños lo »refieren.»

Para comprender la gracia, un tanto burlesca, pero nada mortificante de este dicho, conviene saber que los escribanos de Medina constituían á fines del siglo XV y principios del XVI un Cuerpo formado por personas muy linajudas, y que ganaban muchísimo dinero por efecto del comercio que se hacía en aquella villa. Eran, pues, sujetos de grandes pretensiones.

La Reina Católica en su vida de familia

Como mujer de familia, ¿cuál habrá superado á la Reina Católica? Ninguna.

¡Qué respetuoso amor el que profesó á su madre la infortunada doña Isabel, demente como su hija doña Juana! Entre *La loca de Arévalo* y *La loca de Tordesillas* resplandeció la soberana cordura de la Reina Católica, y fueron aquellos dos tremendos infortunios como dos clavos que desgarraron el alma ternísima de la mejor de las hijas y de la mejor de las madres.

En las capitulaciones matrimoniales con D. Fernando, uno de los primeros artículos es el referente al conveniente y real mantenimiento de la infeliz viuda de Juan II.

Y en *El carro de las Donas* se lee:
«Esto me dijo quien lo vido por sus propios.

ojos: que la reina doña Isabel nuestra señora, cuando estaba en Arévalo visitando á su madre, ella misma por su persona servía á su misma madre. E aquí tomen ejemplo los hijos cómo han de servir á sus padres, pues una reina tan poderosa y en negocios tan árdulos puesta, todos los más de los años (puesto todo aparte y pospuesto) iba á visitar á su madre y la servía humildemente.»

Del amor á su marido hablan todos sus contemporáneos.

«Amaba en tanta manera á su marido (dice Marineo Siculo) que andaba sobre aviso con celos, á ver si él amaba á otras, y si sentía que miraba á alguna dama ó doncella de su casa con señal de amores, con mucha prudencia buscaba medios y maneras con que despedir á aquella tal persona de su casa con su mucha honra é provecho.»

De estos celos de la reina, desgraciadamente muy fundados, porque D. Fernando no fué tan buen marido, ni mucho menos, como rey, habla también, ó hicieron hablar, á doña Juana, su hija, en una carta célebre: «... que si en algo yo usé de pasión y dejé de tener el estado que convenía á mi dignidad, notorio es que no fué otra la causa sino celos; y no sólo se halla en mí esta pasión, mas la reina mi señora, á quien dé Dios gloria, que fué tan excelente y escogida persona en el mundo, fué asimismo celosa, mas el tiempo saneó á su alteza, como placirá á Dios que hará á mi.»

¡Qué diferencia, sin embargo, entre los celos de doña Isabel y los de su desventurada hija doña Juana! Bien es cierto que don Fernando, aunque tan frágil, no descendió jamás á los extremos que don Felipe con sus ridículas pretensiones de *buen mozo* y su carácter vano é insubstancial.

D. Fernando trató siempre á su mujer como lo que era: como un caballero y un hombre de gran entendimiento. Jamás llegó á la vileza de su yerno de tratar de imponer *sus mozas* á la reina. Por el contrario, todo era para ella rendimiento y cortesía cariñosa. Las infidelidades de D. Fernando, siempre muy secretas y escondidas, eran nubecillas que enturbiaban el puro firmamento de una felicidad conyugal que sin tales enojosos accidentes hubiera sido absoluta ó completa. El Rey Católico, para el que no sabía sus debilidades transitorias, era un marido perfecto. Marido y mujer, como cuenta Oviedo, dábanse constantemente muestras de afecto. No sólo en las monedas, en las reales provisiones y en los

monumentos públicos, sino hasta en sus libros y en sus objetos de más íntimo uso, se veían estampadas las iniciales F. I., ó bien el blasón de sus empresas, que eran: la del Rey un yugo, y la de la Reina un haz de flechas. «Era común—añade Oviedo—que cada uno de los esposos tomase una empresa, cuya inicial correspondiera con la del nombre del otro, como sucedía en este caso con yugo y flechas.»

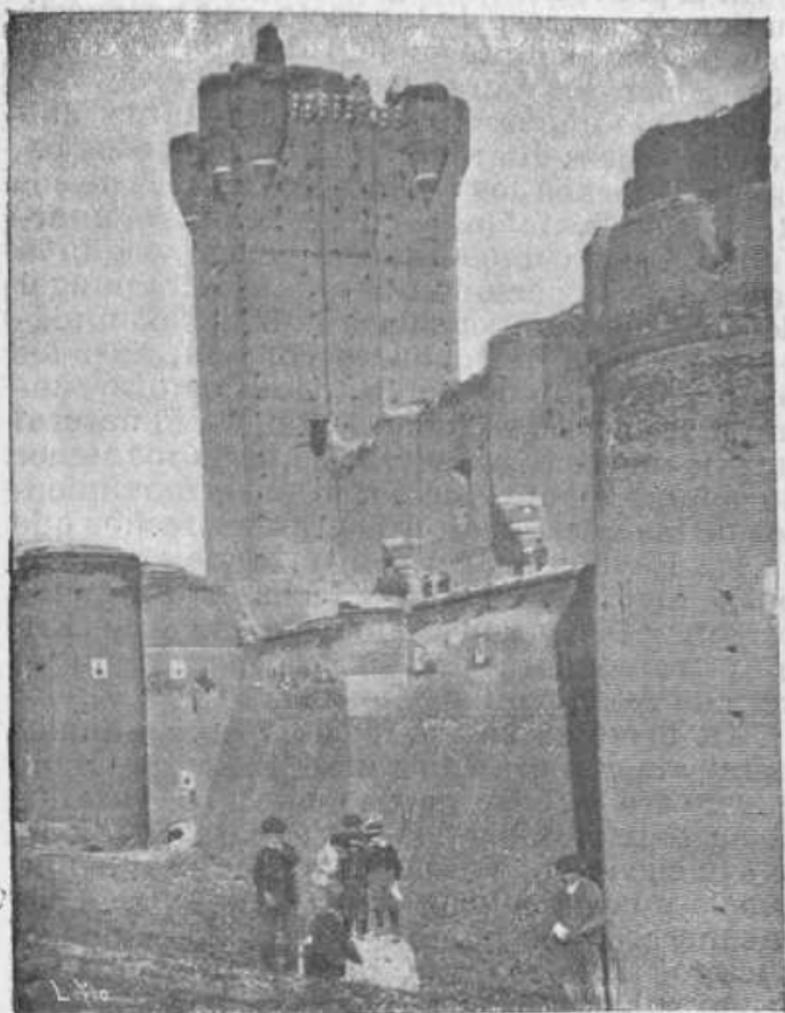
A sus hijos llamaba la Reina *sus ángeles*. Con su humor suavemente chancero, á doña Juana le decía *su suegra* por lo mucho que se parecía á la madre de D. Fernando el Católico. Todos los contemporáneos convienen en que la enfermedad postrera de doña Isabel fué causada por las penas que hubo de sufrir en su amor materno. Las desgracias de sus hijos mataron á la madre y á la reina.

Semblanza de la Reina Católica

Esta Reyna era de mediana estatura, bien compuesta en su persona y en la proporción de sus miembros, muy blanca y rubia; los ojos entre verdes é azules; el mirar gracioso é honesto, las facciones del rostro bien puestas, la cara muy fermosa é alegre. Era de mesurada en la continencia é movimiento de su persona; no bebía vino; era muy buena muger, é placiale tener cerca de sí mugeres ancianas que fuesen buenas é de linaje. Criaba en su palacio doncellas nobles, fijas de los Grandes de sus Reinos, lo que no leemos en Crónica que ficiese otro tanto otra Reina ninguna. Facia poner gran diligencia en la guarda dellas, é de las otras mujeres de su palacio; é dotábalas magníficamente, é faciales grandes mercedes por las casar bien. Aborrecia mucho las malas; era muy cortés en sus fablas. Guardaba tanto la continencia del rostro, que aun en los tiempos de sus partos encubría su sentimiento, é forzábase á no mostrar ni decir la pena que en aquella hora sienten é muestran las mugeres. Amaba mucho al Rey su marido, é celábalo fuera de toda medida.

Era muger muy aguda é discreta, lo cual vemos pocas é raras veces concurrir en una persona; fablaba muy bien, y era de tan excelente ingenio, que en común de tantos é tan árduos negocios como tenía en la gobernación de sus Reynos, se dió al trabajo de aprender las letras latinas; é alcanzó en tiempo de un año

saber en ellas tanto, que entendia cualquier fabla ó escriptura latina. Era catolica é devota, facia limosnas secretas en lugares debidos; honraba las casas de oracion; visitaba con voluntad los monesterios é casas de religion, en especial aquellas do conocia que guardaban vida honesta; dotábalas magníficamente. Aborrecia extrañamente sortile-



CASTILLO DE LA MOTA EN MEDINA DEL CAMPO

gos é adevinos, é todas personas de semejantes artes é invenciones.

Placiale la conversacion de personas religiosas é de vida honesta, con las cuales muchas veces habia sus consejos particulares; é como quier que oía el parecer de aquellos é de los otros letrados que cerca della eran, pero por la mayor parte seguía las cosas por su arbitrio. Parecio ser bien fortunada en las cosas que comenzaba. Era muy inclinada á facer justicia; tanto, que le era imputado seguir más la via de rigor que de la piedad, y

esto facía por remediar á la gran corrupcion de crímenes que falló en el Reyno quando subcedio en el. Quería que sus cartas é mandamientos fuesen cumplidas con diligencia. Esta Reyna fué la que extirpó é quitó la heregía que había en los Reynos de Castilla é de Aragon, de algunos christianos de linage de los judios que tornaban á judaizar, é fizo que viviesen como buenos christianos.

En el proveer de las Iglesias que vacaron en su tiempo ovo respeto tan recto, que pospuesta toda aficion siempre suplicó al Papa por hombres generosos é grandes letrados é de vida honesta: lo que no se lee que con tanta diligencia oviese guardado ningun rey de los pasados. Honraba los Perlados é grandes de sus Reynos en las fablas y en los asientos, guardando á cada uno su preeminencia, segun la calidad de su persona é dignidad. Era muger de gran corazon, encubría la ira, é disimulaba; é por esto que della se conocía, ansi los Grandes del Reyno como todos los otros temían de caer en su indignacion. De su natural inclinacion era verdadera, é quería mantener su palabra: como quiera que en los movimientos de las guerras é otros grandes fechos que en sus Reynos acaecieron en aquellos tiempos, é algunas mudanzas fechas por algunas personas, la ficieron algunas veces variar. Era muy trabajadora por su persona, segun se verá adelante por los actos desta Crónica.

Era firme en sus propósitos, de los quales se retraía con gran dificultad. Eracle imputado que no era franca, porque no daba vasallos de su patrimonio á los que en aquellos tiempos la sirvieron. Verdad es que con tanta diligencia guardaba lo de la corona real, que pocas mercedes de villas é tierras le vimos en nuestros tiempos facer, porque falló muchas dellas enagenadas.

Pero quan estrechamente se habia en la conservacion de las tierras, tan franca é liberal era en la distribucion de los gastos continos, é mercedes de grandes quantías que facía. Decía ella, que á los Reyes convenía conservar las tierras, porque enagenándolas perdían las rentas de que deben facer mercedes para ser amados, é disminuían su poder para ser temidos.

Era muger cerimoniosa en sus vestidos é arreos, y en el servicio de su persona; é quería servirse de homes grandes é nobles, é con grande acatamiento é humillacion. No se lee de ningun Rey de los pasados, que tan grandes homes toviese por oficiales como tovo.

E como quiera que por esta condicion le era imputado algun vicio, diciendo tener pompa demasiada, pero entendemos que ninguna cerimonia en esta vida se puede facer tan por extremo á los Reyes, que mucho mas no requiera el estado real; el qual ansí como es uno é superior en los Reynos, ansí debe mucho extremarse, é resplandecer sobre todos los otros estados, pues tiene autoridad divina en la tierra. Por la solicitud desta Reyna se comenzó,



RETRATO DE GONZALO DE CÓRDOVA, EL GRAN CAPITÁN
(Según la iconografía de Carderera.)

é por su diligencia se continuó la guerra contra los moros fasta que se ganó todo el Reyno de Granada. E decimos verdad ante Dios que supimos é conocimos de algunos grandes señores é capitanes de sus Reynos, que cansando perdían toda su esperanza para poderse ganar, considerando la dificultad grande que había en poderla continuar; é por la gran constancia desta Reyna, é por sus trabajos é diligencias que continuamente fizo en las provisiones, é por las otras fuerzas que con gran fatiga de espíritu puso, dió fin á esta conquista, que movida por la voluntad divina pareció haber comenzado, según que adelante en esta su Crónica parecerá.

HERNANDO DEL PULGAR.

Pureza de intención de Isabel la Católica

Si Colón pidió á Isabel y Fernando que permitiesen sólo á los cristianos católicos navegar en el Nuevo Mundo, y establecer allí comercio con los indígenas, da por razón de esta súplica *que el principio y fin de su empresa fué siempre sólo el incremento y el honor de la religión cristiana.*

Y así lo comprendió plenamente Isabel, que leía mejor que nadie en la mente del preclaro varón, como es también evidente que este fué el decidido propósito de *aquella piadosísima, caronil y excelsa mujer.*

(LEÓN XIII.—Encíclica sobre Cristóbal Colón.—16 Julio 1892.)

Un refrán desmentido

Hay un refrán que dice: «Lo que no ve la boda, no ve la novia»; con lo que se trata de significar que los que se casan pobres, pobres quedan para todos los días de su vida.

Alguna vez sucederá así, pero no siempre; y el casamiento de doña Isabel la Católica fué uno de los casos en que no sucedió como reza el refrán.

¿Qué boda, en efecto, ha sido más brillante que la de la Reina Católica? Por aquella boda llegó España á ser gran nación, y los augustos casados los soberanos más poderosos de Europa.

Pues la boda, celebrada el miércoles 18 de Octubre de 1469, en la casa de Juan de Biberro, en Valladolid, fué como cuenta el padre Mariana: «El aparato no fué grande; la falta de dinero tal, que les fué necesario buscarle para el gasto prestado.»

¿Qué dirán á esto las señoras mamás que se estremecen de espanto ante el proyecto matrimonial de sus hijas con novios de seis mil reales con descuento, y sin posibles para poner la casa y comprar á la novia el vestido de seda y la pulsera de petición?

Bien es verdad que Fernando de Aragón, aunque sin blanca cuando contrajo matrimonio, «era un chico que prometía mucho»; un arrogante baturrico de excelente porvenir.

Y que el matrimonio tuvo la fortuna de encontrarse, andando el tiempo, y entre otras cosas pingües y productivas, nada menos que

con un Nuevo Mundo que vino á ofrecerles en casa un genovés andariego que las gentes tenían por loco.

Y que la mayoría de las gentes que se casan sin una peseta, no suelen recibir visitas de esta clase de genoveses, ni hallar otras Américas que... las de la Ribera de Curtidores.

Pero siempre queda en pie que en el casamiento de doña Isabel, como en algunos otros afortunados, el refrán se desmintió, y «vió la novia muchas, buenas y brillantes cosas que no había visto la boda».

C.



RETRATÓ DE BOABDIL

Miscelánea

Solía decir la Reina Católica que los reyes no tienen parientes, con lo que significaba que á todos los súbditos debían tratar por igual. Así sucedió una tarde que D. Fernando jugaba con el Almirante de Castilla, que era su primo hermano, vasallo muy leal y persona en que tenía suma confianza. Con los lances del juego encrespóse el Almirante, y dijo al rey palabras de mucha familiaridad y llaneza. Oyólas la reina desde una habitación inmediata, y se alteró grandemente.

—Señora, le dijeron las personas que estaban á su lado, es el almirante, primo del rey.

Y la Reina contestó:

—El rey no tiene primos, sino vasallos.

También decía la reina que los reyes eran propietarios de todas las haciendas del reino,

con lo que quería decir que debían defender todas y cada una de las haciendas de sus vasallos como si fueran propias. Porque no hubo nunca príncipe más respetuoso de la propiedad ajena que lo fué esta santa reina, y las deudas del Estado pesaban sobre su conciencia como si fuesen personales suyas. Hasta hacía cuestión de conciencia la legitimidad de ciertos impuestos, como el de alcabalas, y nunca dejó de abrigar dudas sobre este punto.

¿Fué la Reina Católica Terciaria franciscana?

No la encontramos citada en ninguna de las relaciones de Terciarios ilustres que hemos consultado.

Pero todo induce á creer que lo fué, como su protegido Cristóbal Colón.

Franciscanos fueron varios de sus confesores; Franciscano el convento de San Juan de los Reyes que fundó en Toledo para conmemorar la victoria de Toro, y franciscano el convento de Santa Isabel que fundó en Granada; en varios de los edificios que mandó construir, verbigracia, el Hospital de Santiago de Galicia, el cordón franciscano es el elemento ornamental de la fachada, y, finalmente, dispuso en su testamento que la amortajasen con hábito franciscano. Así lo fué, en efecto, y si hemos de creer al pie de la letra la inscripción del claustro de San Juan de los Reyes, no sólo fué amortajada con dicho hábito, sino que murió con él; cosa no imposible, si se tienen en cuenta las costumbres de la época y el ejemplo de algunos reyes y personajes, de los que consta de un modo positivo que antes de fallecer, fueron vestidos con hábitos penitenciales ó religiosos. Es muy de notar que en el retrato de Miraflores aparece la reina vestida con un traje de color franciscano.

Y no es para omitido, especialmente este año que celebramos el quincuagésimo aniversario de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de María Santísima, que la Reina Católica fué fervorosa concepcionista.

Una dama de honor de su madre doña Isabel que trajo esta señora de Portugal cuando vino á casarse con D. Juan II, llamada Beatriz de Silva, fundó en Toledo un convento de religiosas, primero de que hay noticia que tu-

viese por especial objeto el culto de la Inmaculada. Inocencio VIII dió á estas mujeres en 1489 el hábito blanco de la Concepción y la vida claustral; Cisneros, el confesor y consejero de la Reina Católica, las incorporó á la



MONUMENTO DE ISABEL LA CATÓLICA, EN MADRID

Orden Seráfica en la gran reforma de 1501; y el Franciscano fray Ambrosio de Montesinos, el poeta favorito de la reina, quien la compuso los últimos versos que leyó ella en vida, fué también el autor del Oficio litúrgico de las Concepcionistas. Doña Teresa Enríquez, mujer de D. Gutierre de Cárdenas, fundó los conventos concepcionistas de Torrijos y Maqueda.

Pero, ¿á qué buscar estas pruebas, aunque decisivas, indirectas?

Los Reyes Católicos, al conquistar Granada y fundar en ella el convento de San Francisco, establecieron en su iglesia una Cofradía de la *Limpia Concepción*, quizás la primera que hubo en España de este carácter.

Pondera Clemencín la modestia con que vivieron los Reyes Católicos. El gasto de mesa de la Casa Real—dice—sólo ascendía á 40 ducados diarios, cuando en tiempo de Carlos V pasaba de 400.

Es esto verdad, pero conviene recordar, para apreciarlo debidamente, que por efecto de la gloria misma del reinado de los Reyes Católicos, de sus conquistas y descubrimientos, España se engrandeció y enriqueció, y con la grandeza y la riqueza vivieron el fausto y cuantas cosas acompañan ordinariamente á la prosperidad.

Los Reyes Católicos recibieron de Enrique una España pobre y débil y dejaron á sus sucesores una España rica y poderosa. La debilidad y pobreza estaban, como es de rigor, acompañadas de una general austeridad de costumbres no exenta de cierta rustiqueza.

No es, pues, de maravillar, que aun los reyes gastasen en comer 40 ducados diarios; porque en todo el reino se comía generalmente mal. El obispo Guevara dice que Juan Velázquez y su mujer, doña María de Velasco, muy privado él y testamentario de la Reina Católica, fueron los introductores en Castilla de los banquetes y glotonerías, esto es, que antes de este tiempo no había costumbre ó moda de banquetear; D. Fernando el Católico se opuso á que se divulgaran las especias que venían de América, porque dijo que los españoles no habían conocido nunca más especias que el ajo, y éste los había hecho fuertes y frugales.

Pero aun dentro del cuadro general de la época, es indudable que doña Isabel era económica, muy mujer de su casa. Esto es lo que expresan los contemporáneos cuando dicen que su único defecto consistió en no ser liberal, es decir, poco amiga de dispendios ó poco generosa.

No ha de creerse, sin embargo, que fuese tacaña hasta el punto de obscurecer su altísima representación social. Muy lejos de eso, sabemos por el testimonio de Pulgar que era *cerimoniosa* y que daba á su majestad política todo el aparato conveniente; y por Bernál-

dez que su corte era magnífica y ostentosa. En las ceremonias públicas aparecía soberbiamente ataviada. El día que nació su nieto D. Fernando salió á misa en Alcalá de Henares «con una saya francesa de carmesí y pelo colorado y un joyel en el pecho; sacó una medalla riquísima, y además un brazalete en el brazo derecho que llegaba de la muñeca hasta cerca del codo, en el cual había rubíes y esmeraldas». Las damas que la acompañaban iban aderezadas también con lujo; pero lujo que, como dice Sandoval, parecía modestia frontera de la pobreza un siglo después.

Y ya que habla de Sandoval y de trajes de la Reina Católica, he aquí un pasaje del primero muy curioso referente á los viajes de doña Isabel por las Provincias Vascongadas y Navarra.

«Este amor—dice—mostraban los Reyes Católicos en todos los pueblos destas Provincias, porque en llegando á cada uno de ellos, la Reina se vestía y tocaba al uso de aquel pueblo, llamando á las personas de más merecimientos, y tomando de la una el tocado, de la otra la saya y de la otra el cinto y las joyas; y para tener á todos de su mano y mostrarles el amor que les tenía, volvía estas preseas á sus dueños muy mejoradas cuando llegaba á otro pueblo.»

Lo mismo parece que acostumbraba la Reina en Galicia, Asturias, y en general en todas las regiones que tenían trajes característicos ó propios.

Para que todos fueran de ella, se hacía ella de todos.

Mucho antes de emprenderse la guerra de Granada, porfiaba la Reina con fray Hernando de Talavera por hacerle obispo, y fray Hernando le dijo:

—Desengáñese V. A., que yo no he de ser obispo sino de Granada.

La Reina Católica fué la inventora de los Hospitales de sangre, es decir, la fundadora insigne de la Sanidad Militar. El primer Hospital de esta clase que fundó fué el del campamento de Baza.

No sabiendo Pedro Mártir de Angleria cómo ponderar el buen orden y concierto del Real de Santa Fe, dice en su epístola 72 que aquel campamento era la verdadera imagen de la Republica de Platón.

Durante la guerra de Granada hubo un horrible incendio en Medina del Campo.

Los de Valladolid creyeron oportuna la ocasión para obtener las Ferias, y al efecto despacharon mensajeros al Real de Andalucía para solicitar de la reina el cambio.

Los mensajeros hicieron á doña Isabel una terrible descripción de los desperfectos causados en Medina por el fuego, y que, según decían ellos, imposibilitan que siguiesen allí celebrándose las Ferias.

La Reina les fué preguntando sucesivamente por todos los edificios que servían para las Ferias. Y los comisionados de Valladolid contestaban invariablemente:

—Señora, se ha quemado también.

Doña Isabel comprendió el juego que se traían los vallisoletanos, y cerró el interrogatorio con esta graciosa salida:

—¿Se ha quemado la laguna de San Nicolás? Pues ahí quiero que se hagan los pagos.

Asistió la Reina á una corrida de toros en Arévalo, y habiendo sucedido varias desgracias de las que son frecuentes en estos espectáculos sangrientos, prescribió que los toros saliesen de allí en adelante *embolados* para que no pudiesen causar grave daño á los hombres, ni á los caballos; pero, como dice en una de sus cartas, no se atrevió á prohibir las corridas por el favor de que gozaban en el pueblo.

Un miserable intentó asesinar á D. Fernando. La vehemencia de la indignación provocada por el crimen fué tal, que los nobles y cortesanos, pasándose de la raya, como es ordinario en estos casos, dijeron que había que matar inmediatamente al culpable sin darle tiempo de confesión *para que su alma pereciese con el cuerpo*. Doña Isabel rechazó con horror tan infame proposición.

Fué la Reina Católica muy sensible al puro afecto de la amistad. De su íntima amiga la marquesa de Moya, que la acompañó constantemente y cerró los ojos al morir, dice Oviedo que *la reina la llamaba siempre hija marquesa*.

El cardenal Mendoza fué también su verdadero é íntimo amigo. El valimiento de este insigne prelado con la Reina fué grandísimo, hasta el punto de llamársele *tercer rey de España*; pero no degeneró nunca en favoritismo. La Reina le oía siempre, pesaba su parecer;

pero no le seguía sino cuando le hallaba justo.

A este propósito se cuenta que, estando el cardenal en su lecho de muerte, y visitándole la Reina, dijo á ésta el moribundo que para compensar á la Beltraneja de los perjuicios que había sufrido, convenía casarla con el príncipe D. Juan.

La Reina cortó la conversación, y dijo luego:

¡El cardenal deliraba ya! ¡Había perdido la cabeza!

El cardenal Mendoza era digno del favor que le dispensaba doña Isabel. Había tenido algunos deslices en su juventud; pero su talento, su elevación de miras, su generosidad, su caridad, su profundo sentido político y sus virtudes sólidas compensaban aquellos lunares. Un predicador, predicando cierto día en la catedral, delante del cardenal, de la corrupción de costumbres, hizo alusiones muy transparentes á las faltas del insigne purpurado. Sus familiares ardían en indignación. Pero ¿qué hizo el cardenal? Pues mandar al predicador el mejor plato de su mesa con buen golpe de doblas de oro. ¡Así era de magnánimo su corazón!

El cardenal coadyuvó con buenos consejos y con todos sus recursos á todos los grandes planes de los Reyes Católicos, y la Reina lo premió con sincero y profundo afecto, visitándole repetidas veces en su postrera enfermedad, y siendo su testamentaria.

Otro gran amigo de la Reina fué el comendador mayor D. Gutierre de Cárdenas. Ni Cisneros, ni el Gran Capitán merecen el mismo título; porque al primero respetaba profundamente doña Isabel como á un santo, y al segundo lo protegía, considerándolo el más bello ornamento de su corte y de su reinado... A Colón hay que colocarlo también en el grupo de sus protegidos.

Pero la cortesía de los reyes, y especialmente de doña Isabel, con todos sus servidores, era extremada. Cuando moría un grande, dice Siculo que la corte vestía de luto, y los reyes enviaban varones sabios y religiosos para consolar á sus deudos y herederos.

Equis.

La Reina Católica

Blanco su cutis, rojos sus cabellos,
muestra gentil *doña Isabel primera*,
del cielo azul sus ojos son destellos,
grave en su andar, graciosa su manera.
Es tan casta, que nadie sus pies bellos
ni al ponerles la unción verá siquiera.
Su faz, sombra y espejo de sí misma,
un pensamiento silencioso abisma.

Dulce en la paz, es en guerrear constante,
á la firmeza y la bondad propensa,
como en torno de un astro gira amante
cuanto siente junto á ella y cuanto piensa.
Sirve con humildad, manda arrogante;
es su mirada reflexiva, intensa;
nunca ví de ojo humano los reflejos
ni venir de tan hondo, ni ir tan lejos.

CAMPOAMOR.—(*Poema Colón.*)

ISABEL LA CATÓLICA

Y LA VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS DE GRANADA

Expirando está don Juan,
el infante de Castilla;
hundidos tiene los ojos
y extraviada la vista.
Veinte hermosas primaveras
todas juntas se marchitan
en su rostro, que fué espejo
de apostura y bizarria.
Y la cabellera blonda,
por la almohada esparcida,
semeja rayos de un sol
que en blanca sierra se eclipsa.
A un lado está de su lecho,
viendo cuán breve es la vida
y fugaz su matrimonio,
su adorada Margarita.
En el otro, arrodillada,
del buen arzobispo á orilla,
su madre, *doña Isabela*,
que de la muerte le avisa,
mientras contiene su llanto
y contiene sus caricias,
porque locas no apresuren
el trance que se avecina.
Y á los pies del lecho, en andas,

la Santa imagen bendita
 de la Virgen, que sostiene
 su Hijo muerto en las rodillas.
 Madre, á quien don Juan, muy niño,
 cuando espada no ceñía,
 al lejano clamoreo
 de la batalla reñida,
 la lloraba por más años,
 y por lanza y por loriga,
 para defender á Cristo
 luchando con la morisma.
 Por eso á los pies del lecho
 está la Virgen divina,
 cuando el infante don Juan,
 joven lozano, agoniza.
 Fiera la muerte lo hiere,
 enemiga de la vida,
 que no respeta ni amores,
 ni edad, ni solios, ni dicha.
 Alza el pecho el triste mozo
 cual onda que va á la orilla;
 estremécese su cuerpo
 con violenta sacudida;
 torna la vista á la Virgen,
 ambas manos se le crispan,
 y hondamente suspirando
 muere cual gozo de un día.
 Al golpe tornóse estatua,
 sin gemidos, Margarita;
 fray Hernando Talavera
 cayó en tierra de rodillas;
 y la reina, con sus lágrimas,
 que ya tuvieron salida
 de reprimido torrente,
 le regaba las mejillas,
 cual si el llanto del amor,
 que el muerto amor resucita,
 la vida tornar pudiera
 á aquellas tristes cenizas.
 Y la madre lo llamaba,
 llamaba y no respondían;
 y aquel desdén de la muerte
 érale pena infinita.
 Y abrazándose al cadáver,
 náufraga de la desdicha,
 la que imperaba en dos mundos
 con el dolor no podía.
 Y levantar pretendiendo
 al infante de Castilla
 en sus brazos para ver
 si era la muerte mentira,
 la que tornó á la nobleza
 muerta, á generosa vida,
 ante aquel cadáver triste,
 vencida y rota se inclina.

Mas brillando su fe entonces
 vencedora de perfidias,
 y de muslimes y sierras,
 y de la ancha mar bravia,
 alzó sus ojos azules
 hacia la Virgen divina,
 y surcando por su rostro
 gruesas perlas fugitivas,
 la dijo en trémulas voces,
 mientras al muerto acaricia:
 —Madre, por vuestras *Angustias*,
 tened piedad de las mías.

Y cuentan que la mirada
 de la Virgen compasiva,
 con Dios muerto en su regazo,
 dejó su pena rendida.

Y que de entonces la imagen
 de aquella Virgen bendita
 de las *Angustias* se llama
 y las angustias mitiga.

P. FRANCISCO J. CAMPAÑA

(*Cancionero del dolor.*)

Funerales y entierro

de la reina doña Isabel

Del mismo día que falleció la reina tenemos dos cartas, escritas momentos ú horas después de su fallecimiento. La una es del rey D. Fernando á sus hijos, en Flandes, para que dispusiesen cuanto antes su venida á estos reinos. La otra es de Pedro Mártir de Anglería al arzobispo de Granada, participándole la triste noticia: «La pluma se me cae de las manos y mis fuerzas desfallecen—decía Mártir en su epístola, dedicada enteramente á ponderar los méritos de la reina difunta;—no sé—concluía la carta—que haya habido heroína en el mundo, ni en los tiempos antiguos, ni en los modernos, que merezca compararse con esta incomparable mujer.»

La Reina fué amortajada con hábito franciscano, y expuesto su cadáver en el Palacio real. Mientras que la multitud desfilaba por delante de los regios despo-

jos, levantaban los obreros en la plaza Mayor, delante del mismo Palacio, un tablado, ó, como se decía entonces, un cadalso, para proclamar reina á doña Juana la Loca.

El día siguiente numerosa comitiva, formada de grandes, cortesanos, sacerdotes, hidalgos, regidores de Medina y hombres de armas, salió del Palacio conduciendo el cadáver, y lo llevaron á la vecina iglesia de San Antolín, ya convenientemente preparada para celebrar las exequias.

No bien terminó la ceremonia religiosa, el rey D. Fernando con lucido cortejo de grandes, subió al cadalso de la plaza; el duque de Alba D. Fadrique de Toledo llevaba el estandarte real, y previa orden del rey, se adelantó al borde del tablado, y ondeando el estandarte gritó tres veces: «¡Castilla por nuestros serenísimos reyes doña Juana, reina propietaria destes reinos, y su marido el rey D. Felipe!» La multitud contestó con aclamaciones. Siguióse un auto ó ceremonia en el que don Fernando se dió á conocer, y fué reconocido por gobernador del reino en ausencia de los reyes sus hijos.

Ya era muy entrada la tarde, de las más tristes de otoño, puesto que el cielo estaba encapotadísimo de nubes y amagando inminente aguacero, cuando sacaron el cuerpo de la Reina Católica de la iglesia de San Antolín, y se organizó en la misma plaza el fúnebre cortejo.

Todos, sacerdotes y seglares, iban cabalgando, unos á caballo y otros en pacíficas mulas. Numeroso escuadrón de pajes, escuderos y criados escoltaba la comitiva. El rey D. Fernando acompañó el cadáver buen trecho fuera de Medina, volviéndose con algunos caballeros al palacio real empezada ya la noche.

Antes de esta separación rompieron las nubes en tan fuerte aguacero, que parecía haberse abierto las cataratas del cielo; inaugurábase uno de esos temporales de agua, frecuentes en Castilla, en que los arroyos se hacen ríos y los ríos mares, y

la tierra desaparece bajo el agua. Tan terrible contrariedad acompañó al cortejo en casi todo el camino, y Pedro Mártir escribió que ni en Egipto había corrido él tantos peligros como en este viaje. Las cabalgaduras y las personas eran arrebatadas por los torrentes, y durante todo el viaje no se vieron ni el sol de día, ni las estrellas de noche.

El camino fué por Arévalo, Cardeñosa, Cebreros, Toledo, Manzanares, Palacios, El Viso, Barcas de Espeluy, Jaén, Torre-Campo y Granada, adonde llegaron el 18 de Diciembre. Por las noches se depositaba el cadáver en las iglesias de los pueblos, enlutadas é iluminadas con cirios pintados de negro, y entre multitud de hombres y mujeres, todos enlutados y con cirios negros en las manos, que, conforme á la costumbre de la época, lanzaban lastimeros gritos y lloraban ruidosamente. Eran entonces de moda estas manifestaciones del dolor, y aun otras más extravagantes, como tirarse por el suelo, arrancarse los pelos de la barba y cabeza ó darse cabezadas contra las paredes; ningún buen vasallo se creía dispensado de estos extremos, y el que no los hacía corría riesgo de ser tildado de insensible ó desafecto.

Y en esta muerte de la Reina Católica hubo cierta mitigación en tan vanas exterioridades; porque la misma reina prohibió en su testamento que vistiese nadie en sus funerales la jerga de luto á que antes la costumbre, y si no los corregidores, obligaban á vestir á todos. Esta mitigación pareció tan importante, que Zurita la consigna en sus Anales. Pero si faltaba la jerga, abundaban los capuces, capirotos, y lobs negras, que darían al cortejo y á los acompañantes del cadáver en cada pueblo, si hoy los viéramos, el extraño aspecto de inmensas procesiones de fúnebres encapuchados.

El cadáver de la reina Isabel entró en Granada por aquella misma puerta por donde doce años antes había entrado á caballo, al frente de las vencedoras hues-

tes cristianas, y al son de los clarines que tocaban la marcha, todavía recordada por nuestros modernos regimientos de Caballería.

Sepultada en el convento de San Francisco, fué trasladada luego á la capilla real de la catedral, donde, con su esposo D. Fernando y sus hijos doña Juana y don Felipe, espera la hora de la resurrección de la carne. Su epitafio es sencillo; pero aún lo sería más y más sublime el propuesto por el padre Flórez: *Isabel la Católica*. ¿Qué más necesita este nombre para su encomio? Ya lo dijo el sabio: *Ipsa laudabitur*.



EL UNIVERSO

Publicado por el Sr. D. Fernando de Castro y Sotomayor

En la imprenta de D. Juan de la Cruz, en la calle de San Mateo, número 10.

Madrid, 1844.

El Universo es una obra de gran utilidad para el estudio de la historia natural y de la geografía. Contiene una gran cantidad de datos interesantes y curiosos sobre el mundo que nos rodea. Es una obra que merece ser leída por todos los que se interesan en el conocimiento de la naturaleza.

Director: D. Fernando de Castro y Sotomayor

Editor: D. Juan de la Cruz

Madrid, 1844.



SELLO RODADO DE LOS REYES CATÓLICOS

Acabóse de imprimir este número
extraordinario de **EL UNIVER-**
SO, en Madrid, en la im-
prenta de M. Romero,
á los 26 días del
mes de No-
viembre de
1904.

EL UNIVERSO

DIARIO POLÍTICO INDEPENDIENTE

Tres ediciones diarias.

Información propia.

Colaboración autorizada.

*Sección para la mujer.—Novelas escogidas.—
Revistas científicas y de arte.—Cuentos escogi-
dos.—Revistas de mercados.—Noticias de Bolsa.*

NOTA IMPORTANTE.—**El Universo** se remite
gratuitamente, durante una semana, á todo el
que lo solicite.

Dirección, Redacción y Administración:

LEONES, 2, MADRID

Apartado de Correos núm. 266. Teléfono 1.347.





Sello Rodado de los Reyes Católicos

Acabóse de imprimir este número
extraordinario de **EL UNIVERSO**, en Madrid, en la im-
prenta de M. Romero,
á los 26 días del
mes de No-
viembre de
1904.

EL UNIVERSO

REVISTA POLITICA INDEPENDIENTE

Administración: M. Romero

Información propia.

Deposito legal autorizado.

Contenido de este número: — *Noelas escogidas.* —

Relaciones de los Reyes Católicos. — *Cuentos escoge-*

dos de los siglos XV y XVI. — *Noticias de Bolsa.*

El mundo político. — *El Universo se remite*

al extranjero, durante una semana, á todo el

país.

Administración y Redacción: M. Romero

MADRID

En venta en todas las librerías. Teléfono 1.347.